

LA POSGUERRA IRAQUÍ Y SU IMPACTO SOBRE LA ESTABILIDAD Y SEGURIDAD REGIONAL DEL GOLFO PÉRSICO*

María de Lourdes SIERRA KOBEH

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *La política exterior de Estados Unidos hacia la región del Golfo*. III. *La seguridad regional durante los años ochenta y noventa*. IV. *Recursos energéticos y seguridad regional*. V. *El Iraq post-Saddam y su papel en el nuevo entorno de seguridad regional*. VI. *La “amenaza iraní”*. VII. *El Consejo de Cooperación del Golfo y la construcción de un nuevo esquema de seguridad regional*. VIII. *Conclusiones*.

I. INTRODUCCIÓN

Contrariamente a las fuerzas de cambio desatadas en muchas partes del planeta tras la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, la región del Golfo permaneció en gran medida inalterada. La presencia de un Iraq desafiante y la política de contención, construida en gran medida con el poder militar norteamericano, impidieron que las fuerzas desatadas tras la desaparición de la rivalidad Este-Oeste se manifestaran en el Golfo. La caída del régimen iraquí, sin embargo, podría afectar profundamente la estabilidad y la se-

* Este artículo fue concluido en enero de 2004.

guridad regional, ya que la presencia de tropas norteamericanas en Iraq y toda la región del Golfo no tiene paralelo alguno.

Dicha presencia, sin embargo, genera respuestas de rechazo entre amplios sectores de la población y representa una fuente de vulnerabilidad política interna para los regímenes del Consejo de Cooperación del Golfo, aliados de Estados Unidos. Ello ha llevado a los estrategas militares y civiles de la Casa Blanca a reevaluar el sistema de seguridad regional construido a lo largo de más de dos décadas y a examinar algunos aspectos críticos para enfrentar el nuevo entorno de seguridad. Cuatro temas en particular han recibido una gran atención: 1) los recursos energéticos de la zona, 2) el futuro de Iraq y su papel como contrapeso al régimen iraní, 3) el carácter y conformación de la presencia militar norteamericana en la región y 4) el papel que cada uno de los países de la región habrá de jugar en la construcción de un amplio sistema de seguridad que garantice al mismo tiempo su propia defensa.

Con esta idea en mente, el presente trabajo —centrado en un análisis de la política exterior de las distintas administraciones norteamericanas hacia el Golfo Pérsico— intenta dar respuesta a las interrogantes surgidas tras la caída del régimen Baasista de Iraq. En particular, nos interesa destacar, a la luz de estos acontecimientos, cuáles serán los retos que deberán enfrentar los Estados de la región para reconstruir un sistema de seguridad capaz de garantizar la paz y la estabilidad regional.

II. LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS HACIA LA REGIÓN DEL GOLFO

La política estadounidense hacia el Golfo Pérsico, por lo menos durante los últimos veinte años, estuvo basada en la búsqueda de un balance de poderes favorable que protegiera no solamente sus intereses vitales, como son la seguridad de sus aliados regionales y el libre flujo de petróleo a precios estables, sino también la contención de Iraq e Irán, países considerados por los estrategas norteamericanos como hostiles hacia Estados Unidos y como los dos

principales obstáculos para lograr la paz y la seguridad en esta estratégica región.

El Golfo Pérsico representa una zona de vital interés para Estados Unidos, no solamente por los recursos energéticos con que cuenta sino también por ser un mercado lucrativo para las grandes compañías norteamericanas. Si bien desde la década de los cuarenta los estrategas de la Casa Blanca no escondían su interés en tener acceso de manera irrestricta a estos recursos y su voluntad de utilizar la fuerza militar para protegerlos, no sería sino hasta 1980, tras la ocupación soviética de Afganistán, que Estados Unidos, a través de la Doctrina Carter, haría público dicho compromiso. Primero, a través del despliegue de tropas para proteger el tráfico marítimo durante la guerra entre Irán e Iraq y, más adelante, en la llamada Operación Tormenta del Desierto, tras la ocupación iraquí del territorio de Kuwait en agosto de 1990.

Fue el presidente Carter quien en 1980 definió por primera vez a esta zona como un área prioritaria dentro de la agenda de seguridad nacional estadounidense. A partir de entonces, la estrategia de las distintas administraciones norteamericanas hacia esta región ha estado basada no solamente en la necesidad de tener acceso a sus recursos energéticos a precios estables, sino en evitar que esos mismos recursos puedan ser controlados por regímenes o fuerzas hostiles a Estados Unidos o que puedan intimidar a otros Estados, obligándolos a adoptar acciones contrarias a los intereses de las naciones consumidoras. Igualmente importante ha sido su compromiso de usar la fuerza necesaria para proteger y ampliar esos intereses.

Fue sobre estas premisas que Estados Unidos logró diseñar, a partir de la década de los ochenta, un esquema de seguridad regional que sirviera a sus intereses, lo que se tradujo —en la década de los noventa— en un mayor despliegue de tropas norteamericanas comprometidas en operaciones militares, su acceso a las facilidades de las naciones huéspedes, el posicionamiento de equipo militar, la venta de armamento para desarrollar las capacidades defensivas de sus aliados regionales así como entrenamiento y ejer-

cicios militares conjuntos con los países de la región.¹ El problema que ahora enfrenta la Casa Blanca, sin embargo, es si ese esquema de seguridad será relevante en la era post Saddam y si éste será capaz de proteger y promover los intereses de Estados Unidos y de sus aliados regionales.

III. LA SEGURIDAD REGIONAL DURANTE LOS AÑOS OCHENTA Y NOVENTA

Con la caída del Sha de Irán en 1979 y la llegada al poder del ayatola Jomeini, Estados Unidos perdería a uno de sus aliados principales en el Golfo Pérsico. Sus “dos pilares” fundamentales, Irán y Arabia Saudita, se redujeron a uno: la monarquía saudita, obligando a la Casa Blanca a diseñar una nueva estrategia de seguridad regional. Este objetivo habría de alcanzarlo con la guerra Irán-Iraq en 1988, cuando el gobierno sunnita y secular de Iraq se convierte, con la ayuda norteamericana, en un contrapeso a la influencia del régimen chiita de Irán. De esta manera Iraq se convertiría, durante los ochenta, en una muralla de contención contra la expansión de la revolución islámica de Irán. Como consecuencia de ello, Iraq recibiría miles de millones de dólares de las monarquías árabes del Golfo así como ayuda económica y de inteligencia de Estados Unidos, a fin de evitar una victoria iraní.

Sin embargo, la invasión iraquí del territorio de Kuwait en agosto de 1990 convertiría a Iraq más en una amenaza que en un pilar de la seguridad regional obligando a Estados Unidos a adoptar una nueva estrategia contra los regímenes de Bagdad y Teherán, mejor conocida como de “Doble Contención” la cual habría de ser mantenida durante la década de los noventa. Dicha política intentó impedir que ambos países ejercieran una indebida influencia en la región, aunque de manera implícita, se propuso mantener la inte-

¹ *United States Security Strategy in the Middle East*, Department of Defense, Office of International Security Affairs, mayo de 1995, pp. 21-23.

gridad territorial de Iraq a fin de evitar un desequilibrio estratégico que pudiera ser aprovechado por Irán.²

De igual forma, el peso otorgado por la Casa Blanca durante este periodo al proceso de paz para Medio Oriente y la contención de Iraq y, en menor medida Irán, restaron importancia a la relación estratégica forjada por la Casa Blanca en los años anteriores con Arabia Saudita y las monarquías árabes del Golfo. En efecto, no obstante que estas monarquías apoyaron la estrategia de contención de Estados Unidos, al proporcionarles el acceso a bases militares y otras facilidades, la relación entre ambas no prosperó de manera significativa en otras áreas. En lo que toca a Arabia Saudita, por ejemplo, poco progreso fue hecho en dos de los asuntos más importantes de la relación bilateral: el proceso de paz para Medio Oriente, patrocinado por la administración Clinton, y su solicitud de apoyo para ingresar a la Organización Mundial de Comercio.

Este patrón de comportamiento sería repetido por la Casa Blanca con los demás Estados del Golfo, siendo los temas militares y de seguridad los que predominarían en la relación bilateral, lo cual se tradujo en la construcción de la infraestructura física necesaria para apoyar las operaciones militares de Estados Unidos en su doble propósito de contener a Iraq e Irán.

Desde una perspectiva militar, dicha estructura les serviría para alcanzar dos propósitos estrechamente relacionados entre sí: por una parte, mandar una señal clara sobre el compromiso norteamericano de defender a sus aliados regionales y conducir operaciones diseñadas para “contener” a Iraq e Irán y, por la otra, reducir de manera drástica el tiempo que les tomaría concentrar una fuerza militar suficiente ante cualquier contingencia. De esta manera, durante la década de los noventa, Estados Unidos logró crear una

² Si bien las relaciones de Irán con sus vecinos árabes del Golfo mejoraron significativamente durante los noventa, la desconfianza de estos regímenes hacia Teherán se mantuvo latente debido fundamentalmente al carácter revolucionario de su régimen y por su presunta intención de desarrollar armas de destrucción masiva, sobre todo nucleares.

presencia militar permanente en el Golfo, llenando así el vacío de poder generado tras el retiro de las tropas británicas de esa región a principios de los años setenta, consiguiendo así imponer lo que algunos analistas han denominado una *Pax Americana* en el Golfo Pérsico.³

Dichas fuerzas se incrementarían de manera significativa durante las frecuentes crisis entre los inspectores de la ONU y el régimen de Saddam Hussein,⁴ realizando operaciones militares para reforzar la “zona libre de vuelos”⁵ impuesta por Estados Unidos; primero, en el norte de Iraq y después en el sur de ese país; mientras que por mar, la presencia de la Quinta Flota norteamericana estacionada en Bahrain, a través del Comando Naval Central, mejor conocido como NAVCENT (por sus siglas en inglés) se encargaría de garantizar el embargo comercial impuesto por la ONU al régimen de Bagdad, junto con las fuerzas terrestres destacadas en el Campo Doha, al norte de la ciudad de Kuwait.

La construcción de esta infraestructura dependió del acuerdo y participación de las monarquías árabes del Golfo, las cuales siempre han dependido de la ayuda externa para su seguridad. Ello debido a su debilidad militar frente a sus dos vecinos más poderosos: Iraq e Irán. Para asegurar la necesaria cooperación regional, Estados Unidos concluyó acuerdos con cada uno de estos Estados, acuerdos que garantizaban el acceso a sus facilidades militares, la

³ Ver a este respecto Ajami, Fouad, *Dream Palace of the Arabs*, Nueva York, Vintage Books, 1998, pp. 178-192, así como su artículo “The Sentry’s Solitude”, *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 2001.

⁴ La fuerza aérea norteamericana operaba desde la base militar Príncipe Sul-tán, de Arabia Saudita y las bases aéreas de Ali Salem y al-Jaber, en Kuwait, así como al-Dhafra en los Emiratos Árabes Unidos.

⁵ Las zonas libres de vuelos (No-Fly Zones) fueron impuestas por Estados Unidos y Gran Bretaña a partir de una interpretación forzada y extremadamente flexible de la resolución 688 del Consejo de Seguridad. Sin embargo, ni la 688 ni ninguna otra resolución habla de zonas de exclusión aérea para la aviación iraquí, por lo que éstas carecieron de respaldo jurídico internacional. Véase a este respecto Graham-Brown, Sara, “No-Fly Zones: Rethoric and Real Intentions”, *Merip Press Information Note*, 49, 20 de febrero de 2001.

protección del personal militar norteamericano y el posicionamiento de equipo militar.⁶

La combinación de estas fuerzas le permitiría a Estados Unidos erigir lo que equivaldría a una fuerte división armada en un lapso de pocas semanas. Este componente terrestre, sumado a las ventajas aéreas y navales ya establecidas, le daría a Estados Unidos la habilidad de crear una fuerte capacidad de combate sin ser notado; una capacidad que le permitiría mantener a raya, hasta la llegada de nuevos refuerzos, al régimen iraquí, y como un elemento de disuasión frente a cualquier agresión.⁷

En términos militares, el fruto de estos esfuerzos está siendo cosechado hoy, particularmente en su cruzada internacional contra el terrorismo, ya que la infraestructura montada por Estados Unidos durante los noventa, además de ayudarle a realizar operaciones en Afganistán y Asia Central, le serviría para emprender sus operaciones militares contra Iraq.

IV. RECURSOS ENERGÉTICOS Y SEGURIDAD REGIONAL

Si bien el interés fundamental de Estados Unidos en la región del Golfo siempre ha estado basado en su petróleo, algunos analistas han venido cuestionando la idea de que el acceso a dicho recurso represente un interés vital para Estados Unidos, debido —entre otras cosas— a una disminución de la dependencia norteamericana

⁶ Estas facilidades se han incrementado debido a la utilización de la base aérea de al-Udeid en Qatar y por la apertura de una nueva base militar en Arifjan, Kuwait. De hecho al-Udeid se ha convertido en el principal centro de operaciones militares de Estados Unidos ya que puede acomodar a cientos de aviones y hasta 10 mil efectivos militares.

⁷ La noción de “disuasión anticipada” (*detering forward*) fue hecha realidad durante los noventa en el Golfo Pérsico y presumiblemente serviría de modelo a la administración Bush para impulsar el desarrollo de las capacidades militares de Estados Unidos a fin de responder de manera inmediata a cualquier contingencia militar en diferentes teatros de operaciones. *Cfr. Quadrennial Defense Review Report*, Department of Defense, 30 de septiembre de 2001, p. 25.

na de los hidrocarburos de esta región⁸ y por la emergencia de otras fuentes de energía que harían disminuir la importancia del Golfo para Estados Unidos.⁹

Otro argumento comúnmente dado es que actualmente y, no obstante la existencia de crisis periódicas, el mercado petrolero mundial no se caracteriza por la escasez de crudo, sino por el surgimiento de abastecedores adicionales y nuevas técnicas de recuperación de petróleo más viables económicamente, que permitirán a los productores de petróleo responder al incremento global de la demanda de hidrocarburos en el futuro.

A pesar de ello, muchas proyecciones demuestran también que la región del Golfo continuará siendo un abastecedor indiscutido durante los próximos veinte años, capaz de producir vastas cantidades de petróleo barato, ya que actualmente posee 679 mil millones de barriles en reservas probadas de petróleo, que representan el 66% del total mundial; 22.7 millones de barriles diarios de capacidad productiva (31% del total mundial) y más de 5 millones de barriles diarios de excedentes (91% del total mundial),¹⁰ sin tomar en cuenta los campos petroleros de Iraq que aún no han sido explotados.¹¹

Estados Unidos es por mucho el mayor consumidor de petróleo en el mundo y, aunque es un importante productor, sus reservas son escasas. Su dependencia del petróleo extranjero,¹² según algu-

⁸ La dependencia norteamericana del petróleo del Golfo disminuyó durante la última década a favor de Venezuela, México y Canadá.

⁹ Cfr. Morse, Edward y Richard, James, "The New Oil War", *Foreign Affairs*, marzo-abril de 2002, pp. 16-31. Asimismo, Herrick, Thaddeus, Lifsher, Marc y Whalen, Jeanne, "Persian Gulf Oil Still Critical, but U.S. Grows Less Dependent", *Wall Street Journal*, 15 de marzo de 2002, p. 1.

¹⁰ Persian Gulf Oil and Gas Fact Sheet, Energy Information Administration, marzo, 2002, <http://www.eia.doe.gov/emeu/cabs/pgulf.html>.

¹¹ Toda la parte oeste de Iraq, aquella que colinda con Arabia Saudita y Jordania, sigue estando sin explorar o explotar. Los campos de petróleo más importantes están situados a lo largo de la frontera con Irán, desde la región kurda de Kirkuk y Mosul, al norte, hasta Basora en el sur, pasando por los de Bagdad, al centro.

¹² Una de las prioridades del gobierno de George W. Bush ha sido diversificar esta dependencia, a fin de reducir el posible riesgo de un corte en los sumi-

nas estimaciones, pasará de 52% de su consumo total en 2001 a 66% en el 2020. Es decir, de 10.4 millones de barriles diarios en la actualidad a 16.7 millones, siendo el hemisferio occidental su principal fuente de abastecimiento.¹³

A pesar de ello, otras partes del mundo se harán más dependientes del petróleo del Golfo. Se espera, por ejemplo, un incremento del consumo de 3.7% por año de países como China, Corea del Sur, Indonesia, Malasia, Tailandia, Singapur y Filipinas, los cuales necesitarán 15.8 millones de barriles diarios adicionales en el 2020. Si a ello sumamos la demanda de Japón, Australia y Nueva Zelanda, dicha zona estará consumiendo cerca de 21 millones de barriles diarios en ese mismo periodo, la mayoría de los cuales provendrán de la región del Golfo.¹⁴ Para cubrir esta demanda la región del Golfo tendrá que incrementar sus exportaciones petroleras de 14.8 millones de barriles diarios a 33.5 millones. En suma, el Golfo tendrá que duplicar sus exportaciones petroleras durante los próximos 20 años para cubrir la demanda de Asia y América del Norte,¹⁵ y ello tendrá implicaciones futuras para la seguridad regional.

Estrechamente ligada a la importancia del petróleo para Estados Unidos y las economías del mundo está la cuestión de la estabilidad política y la capacidad de los Estados de la región para adaptarse al nuevo entorno político surgido tras la caída del régimen iraquí. Aunque hasta ahora la forma que adoptará un nuevo gobierno iraquí sigue siendo incierta, el presidente Bush ha de-

nistros de petróleo, y esto explica su interés por tener acceso a otras fuentes de energía, principalmente en la Cuenca del Mar Caspio (especialmente de Azerbaiján y Kazajistán), África Subsahariana (Angola y Nigeria) y América Latina (Colombia, México y Venezuela), por no hablar de los campos petroleros de Rusia y las reservas naturales de Alaska.

¹³ Cfr. Klare, Michael, "From War on Terror to Plain War: United States Energy and Strategy", *Le Monde Diplomatique*, noviembre, 2002, <http://mondediplo.com/2002/11/02energy>. Igualmente, Figures from International Energy Outlook 2003, Energy Information Administration, 9 de enero de 2003, <http://www.eia.doe.gov/oiaf/aeo>.

¹⁴ China sola importará 7.2 millones de barriles diarios.

¹⁵ Figures from International Energy Outlook 2003, *op. cit.*

clarado en diversas ocasiones que uno de los objetivos de su administración es instaurar una democracia que pueda servir de modelo a otros Estados de la región, lo cual hasta ahora resulta ser una tarea bastante complicada, por la imposibilidad de crear de la noche a la mañana una nueva cultura política, un nuevo sistema de valores, o cambiar de manera abrupta un sistema político o económico por otro.

Menos claro todavía es el impacto que una democracia iraquí podrá tener sobre las monarquías árabes del Golfo, quienes hasta ahora carecen de gobiernos representativos, no obstante los tímidos esfuerzos realizados por algunos Estados de la región durante los años noventa para liberalizar un poco sus sistemas políticos (Kuwait, Bahrain y Qatar).¹⁶

Lo cierto es que las previsiones hechas por los estrategas de la Casa Blanca sobre una transición rápida y ordenada capaz de garantizar los objetivos estratégicos de Estados Unidos en la región están siendo cada vez más cuestionadas y la resistencia de la población iraquí a la ocupación crece cada vez más. Para las monarquías árabes del Golfo, la estabilidad política interna es un prerequisite esencial sin el cual les sería difícil crear las condiciones para atraer las inversiones necesarias para enfrentar la creciente demanda mundial de petróleo.

Estas inversiones son un componente esencial para garantizar la estabilidad interna, en la medida en que estos Estados intentan amortiguar el impacto de las reformas macroeconómicas sobre sus respectivas poblaciones e incrementar su producto nacional bruto, a fin de dar respuesta a la demanda de una población que crece sin cesar y cuyas tasas de crecimiento se encuentran entre las más altas del mundo.

Esta situación es particularmente aguda en Arabia Saudita. En efecto, en contraste con los pequeños Estados árabes del Golfo

¹⁶ Ver a este respecto: Sierra Kobeh, María de Lourdes, *Democracia y procesos de liberalización política en el Medio Oriente*, Serie Cuadernos de Estudios Regionales, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, México, 2001.

como Kuwait, los Emiratos Árabes Unidos y Qatar, que cuentan con una pequeña población y continuarán dependiendo, a corto plazo, de sus exportaciones de petróleo, la población de Arabia Saudita crecerá en los próximos 15 años, según algunas estimaciones, en un 56%, por lo que su economía tendrá que realizar una serie de cambios fundamentales a fin de garantizar la estabilidad del país.¹⁷ Dado el peso y la importancia que tiene Arabia Saudita en la política regional, su inestabilidad podría afectar a otros países de la Península Arábiga. Ello explica el interés norteamericano por garantizar la estabilidad económica y política de esta región, a fin de garantizar su acceso a las fuentes energéticas del Golfo, a precios razonables.

V. EL IRAQ POST-SADDAM Y SU PAPEL EN EL NUEVO ENTORNO DE SEGURIDAD REGIONAL

Un componente esencial de la estrategia norteamericana hacia el Golfo Pérsico ha sido mantener un balance de poderes entre Iraq e Irán que evite que alguno de estos dos países pueda imponer su hegemonía al resto de los países de la región. Asimismo, preservar la integridad territorial iraquí, a fin de evitar que el régimen de Teherán pueda llenar el vacío de poder generado tras el debilitamiento y posterior caída del régimen de Saddam Hussein.

A pesar de la artificialidad de sus fronteras, diseñadas en gran medida por los británicos tras la desintegración del Imperio Otomano al fin de la Primera Guerra Mundial, la unificación de los tres componentes básicos de la población iraquí: una minoría sunnita en el centro del país, un norte kurdo y un sur habitado por chiitas, que suman el 60% de la población, sigue siendo considerada por la mayoría de los analistas como un elemento esencial para mantener la seguridad regional. Asimismo, la necesidad de

¹⁷ *Cfr.* M. Ghazanfar Ali Khan, "Riyadh Population to Cross 11 m by 2020", *Arab News*, 26 de octubre de 2002.

impedir una intervención militar turca en las áreas kurdas del norte de Iraq y de Irán en las áreas chiitas del sur del país.

La necesidad de mantener un Iraq fuerte para mantener la seguridad del Golfo Pérsico sigue siendo, sin embargo, objeto de debate. Para algunos analistas ésta ha sido una de las causas principales que explican la inestabilidad regional que ha caracterizado a la región durante los últimos treinta años, en particular durante el régimen de Saddam Hussein, quien desató dos guerras regionales y desarrolló y usó armas químicas y biológicas contra sus oponentes. Igualmente incierto es si las tres principales comunidades del país (sunnitas, chiitas y kurdos) podrán funcionar juntas en un nuevo marco político. No hay que olvidar que desde su creación Iraq ha estado controlado por distintos regímenes presididos por una minoría sunnita, empezando por la monarquía hachemita, impuesta por Gran Bretaña a principios de la década de los años veinte, y seguida por distintos regímenes revolucionarios que a la larga habrían de derivar en una dictadura totalitaria. Lo cierto es que, desde su creación, Iraq se ha mantenido unido por la fuerza más que por el consenso de sus distintas comunidades étnicas y religiosas.¹⁸

La caída del régimen de Saddam Hussein plantea serios retos para la comunidad sunnita, la cual teme que sus antiguos derechos puedan ser conculcados en un nuevo gobierno de mayoría chiita. Frente a este problema algunos analistas han venido sugiriendo la adopción de una democracia de tipo federal a fin de asegurar un equilibrio entre sus distintas comunidades. Dicho modelo daría a los diferentes grupos étnicos-regionales del país (dada la concentración geográfica de estas agrupaciones) un autogobierno local. Si bien el aspecto democrático tendría como objetivo fundamental reforzar la idea de un Estado unificado, el componente federal es-

¹⁸ Si bien algunos miembros de la comunidad chiita y de la población kurda fueron admitidos en la estructura de poder de los distintos regímenes presididos por la minoría sunnita, el control político y económico siempre estuvo en manos de los sunnitas.

taría destinado a reducir el posible costo de someter la autoridad de estas comunidades a un gobierno central.

La pregunta, sin embargo, sigue siendo, ¿de qué manera un régimen democrático logrará evitar que la mayoría chiita pueda ejercer un mayor control dentro un gobierno central? Si bien algunos análisis no descartan que tal sistema pueda funcionar, la realidad es que en términos prácticos esta tarea resultaría ser bastante difícil. Independiente de las dificultades prácticas para mantener un Iraq unificado o del modelo político que habrá de adoptar este país a mediano o largo plazo, es evidente que, en última instancia, serán los propios iraquíes los que deberán decidir su futuro. A fin de cuentas, la historia nos ha enseñado con múltiples ejemplos, siendo el más reciente el de los Balcanes, que es difícil mantener unidas entidades artificiales si sus poblaciones no desean continuar viviendo juntas, lo cual hasta ahora no es el caso de Iraq.

Más apremiante aún es establecer la seguridad y estabilidad del país y garantizar los servicios básicos, los cuales hasta ahora y, pese a los pronósticos realizados por los estrategas de la Casa Blanca, siguen estando sin resolver. La reconstrucción de Iraq sigue siendo una tarea pendiente y sus recursos petroleros, que podrían financiar su recuperación económica, requerirán de fuertes inversiones para paliar los daños sufridos tras dos guerras regionales y más de 12 años de sanciones económicas impuestas al país, sin tomar en cuenta los daños sufridos tras la reciente invasión y ocupación del país por las tropas norteamericanas.

Con las segundas reservas probadas de petróleo en el mundo, Iraq es un mercado lucrativo para las grandes empresas occidentales y una fuente muy importante de energéticos para la creciente demanda de la economía mundial. Esto es particularmente esencial para Arabia Saudita, los Emiratos Árabes Unidos y Kuwait, que por sí solas son incapaces de responder al creciente aumento de la demanda del crudo proveniente del Golfo Pérsico.

VI. LA “AMENAZA IRANÍ”

Desde la caída de la dinastía Pahlevi y el triunfo de la revolución islámica de Irán, Teherán ha sido considerado como una amenaza a la estabilidad y seguridad del Golfo Pérsico. Como hemos visto, desde los años ochenta, Estados Unidos desarrolló una estrategia tendiente a contener la expansión de la revolución islámica a los Estados árabes vecinos aliados de la Casa Blanca, y es considerado por la actual administración Bush como uno de los “tres ejes del mal”.

La caída del régimen iraquí trajo consigo un nuevo equilibrio de poder en la región del Golfo Pérsico. Iraq dejó de ser un pilar de ese balance y una potencia externa mantiene una abrumadora presencia militar en la región. Si bien la otra potencia regional, Irán, pudo haber aprovechado ese vacío para ganar influencia, la presencia norteamericana y las amenazas lanzadas por la Casa Blanca al régimen iraní de no intervenir en los asuntos internos de Iraq o en el Golfo Pérsico se lo han impedido. Para algunos autores, un Iraq estable, unificado y próspero podría ser una fuente de estabilidad en la región y, a largo plazo, un contrapeso al poderío iraní.

Actualmente, sin embargo, el régimen iraní no representa una amenaza a la Península Arábiga, capaz de desatar una serie de sublevaciones a lo largo de la región ya que, además de enfrentarse a una serie de problemas económicos y políticos internos y al deseo de amplios sectores de su población y algunos grupos dentro de su gobierno de integrarse plenamente a la política regional, la presencia militar estadounidense en la región del Golfo, el Cáucaso, Asia Central, Afganistán y Pakistán es abrumadora.

Aunque los sectores tradicionales del espectro político iraní continúan manteniendo su apoyo a diversas organizaciones islamistas como Hezbolá, Hamás y la Jihad Islámica, así como su oposición al proceso de paz para Medio Oriente, presidido por Estados Unidos, es evidente que desde la llegada al poder del ayatola Mohammad Jatami, en las elecciones de 1997, se ha dado una mayor apertura y un intento de diálogo con Estados Unidos, a

pesar de los esfuerzos de los sectores más tradicionales por evitar dicho acercamiento.¹⁹

Es igualmente importante señalar que la amenaza militar representada por Irán en la región del Golfo, se redujo de manera drástica durante la última década, por lo que este país no representa ya un serio peligro para países como Qatar, los Emiratos Árabes Unidos y Omán. Además, la abrumadora presencia militar norteamericana en el Golfo Pérsico haría casi imposible contemplar una acción de este tipo.

A diferencia de hace un cuarto de siglo, el desafío ideológico y político representado por Irán tras el triunfo de la Revolución Islámica se ha debilitado y si bien algunos círculos norteamericanos siguen señalando que Irán continúa desarrollando armas de destrucción masiva, sobre todo nucleares, y persiste en su política de dar apoyo a una serie de organizaciones extremistas, lo cierto es que su intención y capacidad de imponer su dominación sobre esta estratégica región se ha visto limitada considerablemente.

Todos estos factores han venido a cuestionar la estrategia de seguridad regional de la Casa Blanca, fundada en la necesidad de mantener un equilibrio entre Teherán y Bagdad a fin de mantener la estabilidad regional. De acuerdo con estas tendencias, un escenario deseable sería integrar a Irán en cualquier esquema futuro de seguridad regional a fin de promover un mayor clima de confianza y transparencia. Si bien esta tarea podría resultar muy difícil a corto plazo,

¹⁹ A pesar de los múltiples obstáculos, Mohammad Jatami ha logrado liberalizar un poco el muy cerrado sistema político iraní, al relajar las estrictas normas de censura e insistir en el respeto a las leyes frente a la interpretación arbitraria de las mismas. Otras iniciativas relevantes fueron su llamado a entablar un diálogo civilizatorio con Estados Unidos, la entrevista que concedió a la cadena televisiva CNN, así como su determinación de levantar la pena que pesaba sobre el escritor Salman Rushdie, condenado a muerte por las autoridades iraníes en 1989. No menos importante ha sido también el fin de su apoyo a los movimientos radicales islamistas y su política de acercamiento con los Estados árabes del Golfo, encabezados por Arabia Saudita, no obstante su conflicto con los Emiratos Árabes Unidos sobre las islas Abu Musa y las Tumb, que Irán ocupó durante el régimen del sha, y que hasta ahora no ha sido resuelto.

debido sobre todo a la enorme presencia de tropas norteamericanas en la región y a las crecientes amenazas de que ha sido objeto ese país por parte de los estrategas de línea dura de la Casa Blanca, es evidente que ello permitiría disminuir en gran medida los factores de inestabilidad que han caracterizado durante mucho tiempo a esta región.

VII. EL CONSEJO DE COOPERACIÓN DEL GOLFO Y LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO ESQUEMA DE SEGURIDAD REGIONAL

La caída del régimen de Saddam Hussein ha tenido como una de sus principales consecuencias lo que ha sido considerado por muchos analistas como la imposición de una *Pax Americana* en la región. La presencia de tropas norteamericanas en Iraq y la región del Golfo no tiene paralelo alguno. Dicha presencia, sin embargo, representa una fuente de vulnerabilidad política interna para los regímenes del Consejo de Cooperación del Golfo, aliados de Estados Unidos.

Por un lado, si bien la operación militar contra Iraq trajo como consecuencia la eliminación de un régimen que en el pasado amedrentó a sus vecinos e invadió e intentó anexarse a uno de ellos; por el otro, complica los esfuerzos de estos Estados, agrupados en el Consejo de Cooperación del Golfo, de buscar un equilibrio entre su necesidad de mantener estrechas relaciones con Washington con la oposición de sus pueblos y en general del mundo árabe-islámico a las políticas norteamericanas en el Medio Oriente.

Dicha contradicción habría de expresarse de manera clara en la reunión de la Organización de la Conferencia Islámica celebrada en Doha, Qatar, en febrero de 2003, un mes antes de que la guerra empezara. A pesar de sus diferencias, en el comunicado final de dicha reunión los Estados miembros decidieron oponerse a un ataque militar contra Iraq o a cualquier acción que amenazara la seguridad e integridad del territorio iraquí.²⁰

²⁰ Ver a este respecto Marshall, Tyler y Murphy, Kim, "War with Iraq: Persian Gulf Reaction, The World; Arab Nations Work to Veil Cooperation with the U.S.", *Los Angeles Times*, 20 de marzo de 2003.

Si bien ningún Estado del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), apoyó abiertamente la caída del gobierno de Iraq, no hay duda de que estos Estados asistieron a Estados Unidos y sus socios de la coalición en las operaciones militares contra Iraq. Tal es el caso de los Emiratos Árabes Unidos y Omán quienes permitieron a Estados Unidos usar su espacio aéreo y sus bases militares, así como Kuwait, Bahrain y Arabia Saudita, por no hablar de Qatar, en cuya base aérea de Al Udaid se estableció el Comando Regional para las operaciones militares contra Bagdad.²¹

Aunque muchos Estados del CCG han concluido tratados de defensa con diferentes países europeos y con otros Estados regionales, sus líderes saben muy bien que Estados Unidos seguirá siendo el principal garante de su seguridad y una importante fuente de comercio e inversiones.²² Asimismo, como potencia indiscutida en Iraq, la Casa Blanca tendrá una gran influencia en la selección de las compañías que habrán de ocuparse de la reconstrucción de dicho país.

El poder militar de Estados Unidos, sin embargo, tiene límites. Si bien la campaña militar para derrocar al régimen de Saddam Hussein le tomó solamente tres semanas, ganar la paz le está resultando más difícil y costoso de lo previsto. Además de restablecer los servicios básicos y de seguridad, Washington se enfrenta ya a una fuerte resistencia interna que está costando más muertes norteamericanas que en la pasada guerra del Golfo.

Igualmente difícil para Estados Unidos es limitar la influencia de los vecinos de Iraq en los asuntos internos de esta nación. Un factor a su favor, sin embargo, es que ninguno de estos Estados desearía la desintegración de Iraq y desean el pronto traspaso de la soberanía iraquí a un nuevo gobierno. Esto es especialmente cierto en lo que toca a los Estados del CCG cuya asistencia financiera

²¹ Al Udaid se encuentra localizado a 30 kilómetros de Doha.

²² Geoffrey Kemp y Robert Harkavy, *The Strategic Geography and the Changing Middle East*, Washington, D. C., Carnegie Endowment, Brookings, 1997, p. 252.

y su aceptación de un nuevo gobierno que establezca relaciones diplomáticas con los Estados de la región que tienen intereses en Iraq podría beneficiarles a largo plazo.

La nueva dinámica generada por el derrocamiento del gobierno de Saddam Hussein representa también un sinnúmero de desafíos a largo plazo para los Estados del Golfo. Muchos de estos retos podrían exacerbar los añejos problemas que cada uno de ellos enfrenta, aunque en distintos grados, como son: en sus asuntos externos, su debilidad militar en relación con sus vecinos más poderosos y su deseo de equilibrar sus asuntos de política interna con su política exterior; en su política interna: ¿cómo reconciliar la existencia de regímenes autocráticos y tribales con las demandas que exigen una mayor liberalización política, ¿cómo responder al extremismo político y los problemas relacionados con la sucesión?; en el plano socioeconómico: fuerte dependencia de sus exportaciones petroleras y de trabajadores inmigrantes, privatización, altas tasas de crecimiento y déficit presupuestario. La existencia de serias disputas económicas y políticas entre los Estados del Consejo de Cooperación del Golfo han exacerbado estos problemas en el pasado y limitado su capacidad para hablar con una sola voz en los asuntos internacionales.

Cualquiera de los siguientes escenarios: el fracaso de Estados Unidos para reconstruir Iraq y sentar las bases para el establecimiento de un gobierno legítimo en un corto plazo; un incremento sostenido de la resistencia iraquí a la ocupación militar estadounidense; un aumento significativo de la influencia de Irán o el surgimiento de un Estado teocrático chiita, todos o cada uno de estos escenarios podrían generar un mayor grado de inestabilidad en las sociedades árabes del Golfo, aun mayor que el que se dio tras el triunfo de la Revolución Islámica de Irán en 1979.

El impacto de tal futuro podría ser aún peor que cualquier otro periodo pasado, debido a la habilidad de las redes por satélites árabes y por internet para difundir noticias sin censura y de manera rápida por toda la región, y por los fuertes lazos étnicos, tribales y religiosos existentes entre los árabes del Golfo y los iraquíes. Un

Iraq democrático y pro-estadounidense, por otra parte, sería más atractivo para la Casa Blanca que las monarquías del CCG, así como un potente símbolo para todos aquellos grupos que buscan un cambio en estas sociedades.

Aunque todavía es muy pronto para poder hacer un juicio definitivo sobre el impacto que tendrá a largo plazo la guerra contra Iraq sobre las sociedades árabes del Golfo, podría afirmarse que, de acuerdo con las tendencias observadas, sus gobiernos y sus pueblos deberán enfrentar un enorme reto en el futuro. Si bien ningún Estado del CCG está actualmente amenazado de sufrir una invasión o de padecer un colapso económico a corto o mediano plazo, estos Estados deberán iniciar un proceso de reformas y construir las alianzas y los mecanismos necesarios para garantizar un futuro seguro y próspero. Los meses siguientes serán críticos para estos Estados, pero también podrían representar una buena oportunidad para concentrarse en las reformas necesarias a fin de superar sus problemas internos y de seguridad. De lo contrario, sus problemas socioeconómicos podrían agudizarse.

Un escenario deseable sería la reducción de la presencia militar norteamericana en la región y la construcción de un esquema de seguridad basado en la confianza y la cooperación, que responda a los intereses de los diversos actores regionales, lo cual es posible pero poco probable a mediano plazo. Aunque Arabia Saudita ha solicitado la salida de las tropas norteamericanas de su país, esto no significa que Estados Unidos abandonará del todo la infraestructura construida a lo largo de todos estos años en dicho reino y otros Estados de la región para garantizar sus intereses.

Hasta ahora los Estados del Consejo de Cooperación del Golfo, cuyos miembros incluyen a Bahrein, Kuwait, Omán, Qatar, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos, han sido incapaces de construir un verdadero sistema de seguridad colectiva y han preferido depender del paraguas de seguridad militar proporcionado por Estados Unidos. Superar esta situación no será fácil. Aun así, Roma no fue construida en un día. Un proceso gradual de cooperación e integración regional entre las monarquías árabes del Golfo y sus

vecinos más poderosos: Irán e Iraq, podría llevar, a largo plazo, a un Golfo más estable y próspero.

VIII. CONCLUSIONES

La invasión y ocupación de Iraq dejó a Estados Unidos con una presencia militar indiscutida en la región del Golfo Pérsico. Como la principal potencia militar y económica a nivel mundial, Washington seguirá teniendo durante los próximos veinte años un interés vital en preservar y aumentar sus fuentes de aprovisionamiento de petróleo en el Golfo Pérsico para enfrentar su demanda interna y la de la economía mundial.

La construcción de un nuevo esquema de seguridad que proteja sus intereses y los de sus Estados clientes sigue siendo, sin embargo, una tarea pendiente. Para los Estados del Golfo, el objetivo clave es alcanzar una transición económica y política ordenada, capaz de garantizar el bienestar económico de sus pueblos, lo cual representa una condición indispensable para mantener su estabilidad interna.

Los recientes atentados contra Arabia Saudita, sin embargo, son un claro ejemplo de la incapacidad de estos regímenes para enfrentar las crecientes demandas de su población y un fuerte recordatorio de que la lucha que se libra actualmente no es sólo local, sino regional y global.

La caída del régimen de Saddam Hussein representa una oportunidad histórica para redefinir la dinámica de una región marcada por el conflicto y la inestabilidad. Mucho de ello dependerá, sin embargo, de la voluntad política de estos Estados para superar la desconfianza y hostilidad generada a lo largo de varias décadas y la construcción de los mecanismos y las alianzas necesarias para alcanzar la paz y la seguridad regional. De no ser así, los costos serían incalculables, con la amenaza de una mayor desestabilización.